

EL BINOMIO BELLO-SARMIENTO

Pedro Grases (*)

Pedro Henríquez Ureña escribe en uno de sus estudios sobre literatura hispánica la siguiente sentencia:

«De 1810 a 1820 cada criollo distinguido es triple: hombre de estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples les debemos la mayor parte de nuestras cosas mejores».

No hay ningún literato hispanoamericano que haya hecho en ese tiempo creación literaria pura en el sentido estricto de la palabra, que se haya dedicado a la obra literaria, nada más que por la creación literaria. Preocupa mucho más la ordenación, la fijación de una norma de conducta pública, la creación de valores sociales y político-culturales, la formación de una conciencia colectiva. De ahí la gran preocupación en el mundo de los literatos románticos sea la educación pública, tanto la instrucción elemental, como la educación para las clases superiores de rango universitario. De ahí también que todos los literatos de ese tiempo hayan sido periodistas, incluso en los casos más extremos del escritor erudito. Tal podría ser el de Bello, humanista y educador quien, sin embargo, nunca dejó de ser periodista. Empezó siéndolo en Venezuela, en la *Gaceta de Caracas*; continuó siéndolo en sus revistas de Londres, *La Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano* y prosiguió su tarea periodística durante treinta y tres años en Chile como redactor principal de *El Araucano*. No entenderíamos la excepcional dedicación al periodismo en una figura de tan alta calidad universitaria y académica, atento continuamente y con viva preocupación de la que tenemos signos múltiples al periodismo, si esto no significase que en su ánimo había el convencimiento de que la forma más rápida y directa de intervenir, de incidir, en la educación pública era el periódico. Todos los literatos del intervalo señalado por Henríquez Ureña, han tenido actividad periodística en América, no tan sólo porque era difícil editar libros, sino porque acudían a las columnas del periódico como órgano de penetración, como instrumento para llegar más rápidamente a la educación popular. Los temas de los literatos, son la cultura, la organización social administrativa, la estructura social económica y jurídica, o sea los grandes problemas políticos. ¡Cuántos poetas románticos se han ocupado por ejemplo, del problema de la esclavitud antes de que se aboliese en Hispanoamérica!

(*) Individuo de Número. Sillón Letra «B».

Son cuestiones que sienten en tanto que son problemas públicos de organización del estado. Además, como gran inquietud, la interpretación de la historia como base de las nuevas Repúblicas desasosiega también a los literatos de ese tiempo.

En este clima, se nos presenta la contraposición de dos tipos humanos, con estilo de vida distinto que son: Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello.

Andrés Bello nos ofrece un perfil de hombre de medida, de circunspección, de meditación. Carácter ya definido desde su juventud, pues los testimonios que se conocen de la vida de Bello en Caracas le atribuyen un temperamento recio y templado, introvertido, reflexivo, («esquivo» lo llama el propio Bolívar). A lo largo de sus 84 años de vida no hace sino reafirmar más ese tono personal, aunque sabía reír como nos cuenta José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*, sabía gozar de un buen café y de un buen tabaco, con, sentido epicúreo de la vida. Se condujo siempre con perfecto equilibrio y corrección, que como él dice en varios pasajes de sus obras sólo la dan el estudio y los años. Tal es la figura de Bello en Chile contraído a su trabajo, laborando diariamente en una pluralidad de cosas, desde el periodismo hasta la redacción de un Código Civil, dedicado en los 36 últimos años de su vida a crear una administración para definir las líneas generales de una cultura, a forjar instituciones, publicar libros, realizar investigaciones, etc. etc.

En 1842 Bello es hombre de 61 años. Unos jóvenes argentinos han llegado a Santiago desterrados de Buenos Aires, perseguidos por el dictador Rosas, entre los cuales hay uno que tiene en ese momento 31 años: Domingo Faustino Sarmiento. Ha vivido en provincia, en San Juan, y ha sido voraz lector de lecturas copiosas y no dirigidas, pero asimiladas por cuanto que muestra un excelente estilo personal en sus escritos. El propio Sarmiento nos dice que se ha comido los libros, que ha leído una serie de autores sin orden ni concierto. Llega a Chile mozo de 31 años y se dedica abiertamente al periodismo, Chile en 1842 era probablemente una de las repúblicas atrasadas del continente americano. Bello lo lamentó muchas veces desde su llegada y en testimonios posteriores. Añoraba incluso lo que él llamaba la civilización de la Universidad Colonial, que había vivido en Caracas. Pone como ejemplo de civilización obras publicadas en Venezuela, como la *Geografía* y el *Atlas* de Codazzi, y la *Historia* de Baralt-Díaz. Al revés de Bello, persona de medida y de moderación, Sarmiento es hombre de fogosidad, tormentos, apasionado, de pluma encendida. Personalidad paralela a la de figuras como Miguel de Unamuno en lo moderno o como Juan Vicente González, hombres que parecen escribir más que con tinta con sangre, escritores de pasión vehemente. Sarmiento al llegar a Chile se indigna por lo que él entendía como pasividad en la creación literaria chilena. Publica el 22 de mayo de 1842 un artículo tremendista en el *Mercurio*, de Valparaíso, del que era redactor, para defender un libro andino que había publicado Fernández Garfias, con el título de *Ejercicios Populares de la Lengua Castellana*. Sarmiento sostenía una libertad absoluta en la inspiración, que se mirase al pueblo y se escribiese sin traba alguna «aunque rabie Garcilaso». Con ello replicaba a un artí-

culo de censura al libro de Fernández Garfias. En la réplica de Sarmiento ofrece este fragmento que es el que ha dado pie para la interpretación de una famosa polémica.

Por lo que a nosotros respecta, si la Ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en el tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra civilización exige, los arcanos del idioma, haber hecho gustar a nuestra juventud el estudio de las exterioridades de nuestra lengua y la verdadera ilustración.

La alusión a Bello era clarísima. Dicho artículo de Sarmiento fue contestado pocos días después, el 27 de mayo, por José María Núñez, discípulo de Bello, en esta forma:

«Sólo le tengo miedo a aquel campeón retrógrado absolutista de quien usted dice con tanta gracia que debía echársela del país por ostracismo. Con tanta gracia, digo, porque el recurso es ingenioso para deshacerse, sin cometer injusticia, de un literato que tan perjudicial ha sido a nuestra literatura, por el mismo hecho de ser más literato que nosotros».

Dos semanas después, el 5 de junio, Sarmiento publica su justificación y protesta de que se le haya entendido mal, que se interpreten erróneamente sus palabras, llegando a decir que es «calumnia» que lo que él ha dicho se desfigure. Dice:

«Es muy material entender que el hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermsilia, el retrógrado absolutista, etc.».

Y no hubo más que decir, inmediatamente da una cumplida explicación Sarmiento de sus palabras violentas, aclarando que lo que ha dicho (el ostracismo) no debe disminuir la amistad, la gratitud y el respeto hacia Bello. En realidad lo que sucede es que Bello es un hombre que sabe demasiado a juicio de Sarmiento. Este es el problema.

Sarmiento, el hombre que ha planteado el dilema de civilización y barbarie; que aunque condene la barbarie se está conduciendo con impulsividad tormentosa, casi irracional, tenía forzosamente que chocar con el criterio de serenidad, de moderación, de ponderación, de reflexión, de corrección, con que Bello procedía siempre.

No hay más que este choque entre dos caracteres, dos temperamentos. Lógicamente Andrés Bello, de 61 años, y Sarmiento, de 31 no tan sólo debían tener la diferencia generacional de conceptos, sino que habría una diferencia de base, de formación, de convicciones, y aun de conducta. Esas dos vidas se enfrentan en ese momento, como el mismo Sarmiento choca con los jóvenes de su tiempo: con Jatabeche (José Joaquín Vallejo), con Sanfuentes, etc. Porque Sarmiento procedía como Unamuno en nuestro tiempo, quien entendía que debía ponerse sal en las llagas de la mano para que se sacu-

diese la España dormida de sus primeros años de combate. Con el mismo aire unamuniano se está comportando Sarmiento, en esa época de transición literaria en Chile.

No hay duda de que seguir llamando polémica a lo sucedido entre Bello Y Sarmiento es exagerar bastante los términos, porque no ha habido tal cosa. Todo se ha reducido a una alusión, violenta pero explicada poquísimamente después de modo suficiente por el propio Sarmiento y aun con la confesión de que su intención era enaltecedora.

Bello, el hombre equilibrado tenía que discreparse con el hombre de pasión que era Sarmiento. No le contesta Bello enseguida, pero creo que la respuesta a Sarmiento y al clima de protesta de una juventud inquieta, está en el discurso inaugural de la Universidad de Chile pronunciado el 17 de septiembre de 1843, donde dice:

«Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles extravía mi juicio. ¡El Arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo este nombre. Protesto contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundamental en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal, relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones».

No hubo, pues, polémica, propiamente hablando. Hubo, sí, una disparidad de concepciones, de caracteres, que constituyen un pleito ilustrativo del encuentro histórico de dos personalidades insignes, y también ilustrativo para hoy. Es el choque de dos estilos de cultura, de dos tipos humanos: uno galopante, que actúa como un torrente, en alboroto apasionado; y otro, ponderado, meditador, que se conduce con mesura y serenidad.

Sarmiento, alma noble, al final de su vida, reconoce que Bello tenía razón. Los años y las responsabilidades de gobernante le han dado una comprensión mayor. Probablemente el ejercicio de la Presidencia de la República Argentina y sus empeños por

la obra educadora en América dieron a Sarmiento mayor capacidad reflexiva ante los problemas de la vida de la cultura.

El análisis del binomio Bello-Sarmiento tiene alguna utilidad para el trabajo intelectual de nuestro tiempo.